

DIEZ RAZONES POR LAS QUE ESCRIBO¹

Jorge Ramírez Caro

La palabra es el Caballo de Troya que el escritor obsequia a y filtra en la mente del lector: cuando éste abre las puertas de su imaginación creativa saltan del mundo, de la vida y de los libros los futuros seres que poblarán su alma y esparcirán en él las semillas de otras realidades. Después el lector hace lo mismo: se abandona a mundos ya textos ajenos y, pretextando rescatar los sueños humanos, regala otros caballos. La metamorfosis ha dado su vuelta: ahora es el lector quien coloca en otros los huevos de las futuras mariposas. Por estas venideras palabras expongo aquí diez razones por las que escribo.

1. Escribo porque soy un lector del mundo, de la vida y de los libros y no puedo dejar que pase al olvido y al silencio eso que la lectura, de ellos me engendra, me suscita, me genera. No puedo quedarme atónito contemplando el mundo desplegado, no puedo dejarlo marchar: con la escritura construyo una morada donde pueda quedarse a vivir temporalmente, hasta que otro lector no lo encuentre, lo avive y lo haga levantarse de aquellas cenizas que son las palabras. Así como la mejor lectura es aquella que engendra escritura, el mejor lector es aquel que escribe lo que el libro, el mundo y la vida le sugieren, le evocan y le pescan. Las ideaciones, las evocaciones y las imágenes suscitadas por la lectura son como el agua del río: nunca vuelven a repetirse aunque leamos el texto mil veces en el mismo lugar donde se nos ocurrieron aquellos pensamientos idos. Escribo porque no quiero que se pierda ese pedazo de alma que sale del nido, vuela y busca una palabra donde posarse o quedarse a vivir por otro instante más.

2. Todo proceso de escritura parte siempre de un autoanálisis y de un análisis, de una auto-crítica y de una crítica. Cuando escribo no hago otra cosa que leer y releer los entretelones de mi alma, revolver los archivos de mi memoria para reconstruirme, reinventarme, recrearme: lo que fui, lo que soy, lo que quisiera y lo que puedo ser encuentra su energía y su vitalidad en estos rincones interiores, donde husmeo en busca de respuesta, salida, luz. La escritura es una especie de fuga de sí mismo y de nuestro mundo, al tiempo que un salir a nuestro propio encuentro y al de nuestro mundo. Nuestro afán por la escritura no es más que un deseo por llegar a nosotros mismos, hasta donde están los otros que también somos. Nuestro oficio tiene algo de Penélope: nos gusta inventar para desinventar, crear para descrear, tejer para destejer el mundo propio y el de los demás. La noche niega lo que el día afirma. La oscuridad, y no la luz, es nuestra aliada: ella nos posibilita hacerle trampas a la realidad para que ésta sea siempre otra, para mostrar su lado oscuro, lo no dicho, lo no oído en medio de tanta información que satura, obstruye nuestra capacidad de percibir. La escritura nos devuelve a la realidad y al ser humano íntegros y genuinos. Ella nos desenmascara y pone en evidencia nuestras múltiples sombras en un mundo también disfrazado.

3. La escritura no es sólo el juego que libro con el mundo interior sentido y presentido, sino también con el mundo exterior percibido y vivido. Estos dos mundos los ilumino-ensombrezco y los mezclo con mi experiencia lectora para sacar uno nuevo: en él sintetizo mi ser exterior y mi ser interior, mi ser visible y mi ser invisible. Y aunque consciente e inconscientemente me base en esos dos rostros que soy, procuro que a mi escritura se asome una actitud crítica y autocrítica ante lo dado, lo vivido y lo escrito por otros y por mí mismo. Las voces que soy y que me pueblan y las que me rodean las paso por el tamiz de la autocrítica. Con la escritura atraigo, convoco y atrapo lo afinado en mi memoria: las sombras y las luces, las preguntas y las respuestas que en ella hemos salvado y que nos ayudarán a armar el rompecabezas del mundo donde nos vivimos otros con los otros. Escribir es estar con el otro que somos y con el otro que nos completa. Escribo para recupe-

¹ Publicado en *Suplemento cultural* (Heredia: Universidad Nacional, n. 66, marzo-junio 2001) p. 8.

rame, para estar siempre en camino, para ir a otra parte de la vida. Pero también escribo para dejarme ir, para borrar, para deshacerme de algo que no quiero que se quede conmigo: con mi escritura desocupo la casa para quedarme a solas a esperar otros sueños que vengan a habitarla. El escritor es como una casa de inquilinos: siempre tiene nuevos huéspedes, aunque algunos se la han tomado como de su propiedad y nunca se van.

4. Escribo para volver a la memoria, recuperarla para recuperarme. Repetimos la misma vida y la misma muerte porque olvidamos vivir y morir: nos quedamos a la intemperie, apoyados en el desamparo, sin memoria. Un pueblo sin memoria es un pueblo insensato e imprudente, presumido e insensible, inocente y pobre. Sin esa mirada constante al pasado no podemos tener luz para ver dónde colocar el pie que nos encamine hacia el futuro. Escribir es volver a la memoria, alimentarse de ella para no dejar que nadie la saquee, la confisque, la reemplace. Toda escritura se alimenta de este pozo que otros consideran seco al decir que estamos en otro tiempo, en otro lugar, en otra vida. No puedo dejar de ser el eco y la voz, la realidad y la sombra, lo que vivo y lo vivido, lo visible y lo invisible de lo que leo y de lo que vivo. El ser que somos habita en nuestra memoria: desde allí él escoge lo necesario, lo oportuno, lo vital. Por eso me siento de espalda a escribir. Escribir no es otra cosa que desalmacenar lo vivido y lo leído a través de un proceso imaginativo y creativo que viaja desde nuestro aquí y ahora hasta la memoria. La palabra es el anzuelo con que pescó en mí lo que las circunstancias me sugieren. Mi memoria es un gran lago lleno de sueños y de truchas. Para escribir me acerco a ella con una mirada panorámica para ver hacia atrás, hacia adelante, hacia los lados y hacia adentro de sí, hacia donde estamos y hacia donde soñamos estar, hacia lo que somos y hacia lo que deseamos ser. Cuanto fui, cuanto soy y cuanto deseo ser desemboca en mi escritura. Mi escritura es la huella que dejó a las truchas para que busquen aguas más profundas y hermosas. En la memoria tenemos el ojo con que ver, juzgar y valorar nuestra vida, nuestras acciones y nuestros productos.

5. Escribo mis sombras, lo que no alcanzo a ver del todo bien, lo que está entre mi ojo y la realidad, pero que no sé exactamente qué es. En el rodeo, en el abordaje, dejo entrever algo que no es definitivo. No soy consciente de esa luz que otros ven. No imagino eso que otros sí. No intento nada, no me propongo nada que no sea mis claroscuros. Que otros vean lo que quieren y desean ver. Al escribir pongo puertas, dejo vacíos, abro ventanas por donde mirar. Por esas aperturas se asoma el lector como quiere. Algunas veces al lector se le ocurre poner esas puertas y ventanas en otro lugar del espacio cerrado o abierto por la escritura, y es allí donde se alcanzan a ver otras cosas totalmente nuevas, otras luces insospechadas por el autor. De mis sombras alguien puede sacar luz. Lo que para el productor del texto son sombras, para el lector pueden ser llegar a ser luces, destellos. Lo que presento como certeza, para el lector puede ser incertidumbre. Es este intercambio de luces y sombras el que mantiene vivo el contacto del lector con el texto.

6. Con la escritura recupero mi soledad íntima, el preciso instante en que me descubro uno y múltiple. Dejo al otro que me habita que se exprese, que salga para que no se pudra, para que alcance aire. El me dice qué sentimientos pulsar, qué palabras proferir, qué razones callar. Cuando escribo soy un solitario que se oye y conversa consigo mismo en las múltiples vidas que me habitan, en las miles de voces que me poseen y que hago mías. La escritura requiere de esta soledad y de este diálogo interior. Cuando uno está escribiendo lo que su otro interior le dicta, y entra alguien a nuestro rincón solitario, en ese momento cortamos la sintonía y se evapora, se nos desintegra, se nos desvanece la voz que nos hablaba. El mundo se cae, el tiempo se escurre. La escritura intenta recuperar esos castillos, esas fortalezas, esos tiempos. Pero la chispa que enciende el motor y hace girar todo el proceso creativo es distinta para cada quien y para cada texto: por eso es que un poema no se parece a otro, ni un cuento ni una novela a otros. Todo texto es producto, no sólo de unas determinadas condiciones exteriores, sino de otras tantas condiciones interiores. Escribo para alcanzar

esa vida que me quiere dejar atrás, para pescar aire, para entrenar alas, para cazar tiempo: ese tiempo que viene y se queda, ese que viene y se va y ese otro que nunca llega. No quiero dejar que se vaya lo que se marcha conmigo: lo que me lleva, quisiera llevármelo, tomarme ese trago lúcido y oscuro y engendrar con él la patria memoriosa donde yo algún día también floreceré. Lo intento una y otra vez.

7. Recorro a la escritura porque es un instrumento provocativo y placentero que me permite abrirme al mundo, exhibirme, exponerme y afirmarme: en lugar de anularme, la palabra me permite ser. Con ella puedo agrandar, divertir, fastidiar, criticar, provocar, disculpar, analizar, cuestionar. A través de ella expreso lo que la cultura y la sociedad reprimen a la memoria, al corazón, al actuar humanos. Con ella recupero lo que otros olvidan y desatienden. La escritura es descargo de conciencia, desahogo del alma, extroversión del corazón, desinhibición de la memoria, explosión de las profundidades del espíritu humano. Tengo derecho a permitirme ser ese instante en que me encuentro conmigo mismo, con el otro y con el mundo en el jardín de las palabras, en el paraíso de la memoria. Quiero ser real y verme vivo en los seres que invento, vivir sus aventuras, estar donde alguna vez estuve o donde nunca he estado, traer lo que no quiero perder de mi vida, de mi memoria. Como soy un ser en perpetua fuga, deseo, antes de terminar de marcharme, pasar por las palabras y quedarme a vivir en alguna de ellas. No quiero que mi memoria quede en brazos de la muerte, en la casa del olvido. Se salva conmigo lo que logre asir con mi palabra, que es la memoria humana. «Escribo para mi placer. Para mi vicio. Para mi dulce condenación», decía Onetti. Escribo para mi amarga salvación, para quedar pendiente, latir en otra parte, titilar en el fondo de alguna palabra.

8. Aunque la escritura sea una puerta para que el pasado ingrese o para que no se marche, no escribo para esclarecerlo o para eliminar las dudas que sobre él tengo, sino para introducir mi percepción actual en ese tiempo que ya no es mío y que otros se han llevado. Por eso los textos de ficción terminan siendo lo que uno desearía que hubiera sido el pasado (o cómo quisiera que fuera el futuro). Uno se introduce en un mundo donde nunca estuvo real o conscientemente y le da a sus personajes el status de lo que uno hubiera representado si hubiera estado cuando sucedió lo que nunca volverá a suceder del mismo modo. Nos hacemos seres de aquí y de allá, peregrinos en tiempos y lugares que ya no están. Estamos aquí yéndonos y esperando que vuelva aquella vida que nos hace falta. Hacemos continuos viajes a esos mundos fundados por la memoria. Del aquí y ahora llevamos al pasado lo que nunca tuvimos y de allá traemos lo que hoy añoramos: esa fuerza originaria que nos permita vivimos de nuevo como seres de corazón entero. Ese no saber qué se hizo lo que ya se fue ni qué se hará lo que todavía no llega me hace escribir. La escritura está orientada a darle un cauce, un asidero a aquellas aguas de la vida que encuentran en el texto un verdadero terreno donde terminan echando raíces.

9. La escritura renueva mis viejas maneras de ver, de sentir, de amar, de oír, de desear, de soñar el mundo propio y el de los demás. Arranca las cosas del nunca jamás y, con el poder transmutador de la palabra, las coloca permanentemente en la memoria humana. Escribo porque oigo en mi voz la voz de otras voces, los ecos de otros ecos, la vida de otras vidas, los cantos de otros cantos. Escribo porque me gusta descubrirme mundo, universo, persona, aire, luz, agua, fuego, corazón, camino por el que ir y volver. Sólo la palabra me posibilita estas aventuras y me ayuda a atrapar lo que en el pensamiento y en la imaginación es instantáneo y fugaz. Escribo para seguir siendo este ser vivo y soñador, dulce y efímero, plural y único, perfilado y camaleónico, original y espejo, puerta y ventana por donde todo mundo pasa y se asoma a ver, a gritar, a cantar, a llorar, a esperar, a trajinar la vida, a buscar otra oportunidad, otra luna, otra respiración. Dejo en el papel lo que se quiere ir de mí, lo que se ha ido de otros, lo que es preciso olvidar este día para recordarlo después, para vivirlo dos o tres veces más en la memoria. Escribo para olvidar que debo olvidar, para tejer y destejer.

10. Escribir es asumir el mundo y al otro en toda su pluralidad. Sólo sobrevive en la memoria la ficción que puede sacudir y comprometer al ser humano ubicado del otro lado de las palabras: la escritura debe llevarnos a emprender los caminos, a trasponer las puertas y los pasadizos secretos a esa otra realidad, a ese otro ser que somos y a ese otro mundo que nos reclama con todas sus voces, con todos sus conflictos. Escribo para abrazar al mundo, para dejarme llenar, para entregarme a sus fiestas, a sus penas, a sus sueños, a sus proyectos. El escritor libera los pájaros que otros han enjaulado, resucita los muertos que otros han enterrado, devuelve los horizontes que la rutina ha negado. Que nadie se quede sin encontrarse y sin encontrar al otro después de gozar y penar en la memoria humana que es el libro.

La escritura me humaniza, me libera de mis propios límites, me saca de mis propias sombras. Saco de mí no sólo lo que me pertenece, sino lo que es patrimonio humano, lo que me han legado mis abuelos, mis padres, mis maestros, mis profesores, mis amistades, mi esposa, mis hijos, mi Dios. Una palabra saca a otra y ésta a otras más. Un personaje me hace ser otra persona, un texto otro ser. Una palabra me da para tener otra vida: no sólo quiero las siete vidas del gato, sino que deseo multiplicarlas por setenta para sobrevivir. Quisiera que mis palabras se fueran a vivir a otras almas, que ellas fecundaran otras palabras que ayudaran a asumir la vida, la alegría y la esperanza del mundo. Quisiera que fueran una ventana o una puerta por donde salir a pasear, tener aventuras y vida múltiple en cada encuentro que nos propicie la palabra escrita. Escribo porque en el fondo de mi corazón me asombra la vida, me espanta la muerte y sigo siendo un niño.